



No sé si el hombre es un animal narrativo por instinto o por querencia, pero tengo para mí que a nuestra especie siempre le ha pirrado contar historias, tampoco me atrevería a afirmar si por necesidad, gusto o distracción, por temor incluso, o por todo a la vez, quién sabe. Lo constatable es que hasta hace no mucho la tradición oral sustentada en grandes relatores, a veces hasta analfabetos, era muy rica y variada en los pueblos. Pongamos los filandones leoneses que han puesto al día y perfeccionado allende los mares el trío Mateo Díez-Merino-Aparicio o los trasnochos, que es como llama mi madre a las reuniones de mujeres –los hombres, trashumantes, andaban por Extremadura con el ganado– alrededor de la lumbre en los

largos inviernos. Tampoco debe caer en saco roto el cotilleo, inherente a la vida en grupos cerrados pero que también parece constitutiva de nuestro ser, si no, cómo se explica su trasplante a la caja tonta y el éxito de audiencia de los programas bazofia que lo practican.

En 'Por el bien del comandante' (Ardicia) Constance Fenimore Cooper se acoge y reúne ambos aspectos de la oralidad. De hecho, la novela parte de un punto de vista comunal, una especie de voz del pueblo, del pueblecillo «serrano y añejo» enclavado en las montañas de Carolina del Norte en el que transcurre el argumento, en realidad de las dos comunidades del mismo nombre, cercanas y en cierto modo enemigas, como corresponde a cualquier localidad vecina que se precie. Y a ve-

UN ÁNGULO ME BASTA

FERMÍN HERRERO



ces la opinión pública de una comunidad cerrada, esa voz del pueblo, amalgamada por chismes y habladurías, por la maledicencia y el qué dirán como caldos de cultivo de la 'buena sociedad' se expresa a través de un anciano relator, un mayordomo indiscreto como un sacristán.

Y eso que difícilmente puede tildarse a esta novelista de Cleveland, descendiente de James Fenimore Cooper, de rústica o campuza, pues su cosmopolitismo la llevó a una vida itinerante por hoteles de Suiza, Alemania, Francia o Inglaterra para acabar tirándose desde un apartamento alquilado a la vera del Gran Canal veneciano, a finales del siglo XIX, después de una larga y tortuosa relación con Henry James, que firma el curioso posfacio de esta ejemplar edición, donde alaba, por

caso, el salto cualitativo de la literatura femenina de su tiempo y se despacha contando el argumento.

Los sucesos que se narran, ambientados inmediatamente después de la guerra de Secesión, con la intriga justa, representada por un forastero bohemio, misterioso y desdichado, se desarrollan en un tiempo lento, a la luz de las velas, con carruajes tirados por mulos que llegan a mansiones con porche y amplio jardín, coros de damas respetables que entonan himnos, vestidos de muselina y ramos de violetas, lumbres en las bibliotecas privadas... Todo rezuma una quietud detenida ante los bosques primitivos, basada en las creencias de toda la vida y el respeto a los mayores, resumida en esta frase: «Los libros antiguos son mejores que los nuevos». La

autora demuestra su poderosa y a la vez sutil capacidad descriptiva, de penetración psicológica y, en general, de un detallismo en todos los órdenes muy refinado.

La aparente levedad, de raíz chejoviana, de 'Un pedacito de tiempo y otros relatos' (Confluencias) de Ida Fink acaba enconándose en el ánimo del lector hasta dejar una huella indeleble –precisamente 'La huella' es el testimonio sobre unos niños fusilados que cierra el libro y 'Huellas' se titulaba otro volumen de relatos que vimos aquí y que abarcaba, como éste, desde las acciones y redadas iniciales hasta el estupor de los supervivientes. En realidad, la elipsis, consustancial al estilo de esta ucraniana que aun dominando el alemán, el inglés y el francés siempre se mostró fiel al polaco de sus mayores,

Los relatores

Los clavos en la conciencia

Fotograma de la película 'Lo que el viento se llevó', ambientada en los tiempos de la Guerra de Secesión americana.



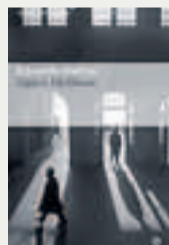
UN PEDACITO DE TIEMPO Y OTROS RELATOS

Ida Fink, *Confluencias*, 234 pp., 18 euros.



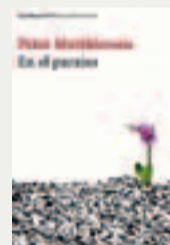
POR EL BIEN DEL COMANDANTE

Constance Fenimore Cooper, *Ardicia*, 206 pp., 17,50 euros



SIGNOR HOFFMAN

Eduardo Halfon, *Libros del Asteroide*, 152 pp., 13,95 euros.



EN EL PARAÍSO

Peter Matthiessen, *Seix Barral*, 256 pp., 18,90 euros.

es una puerta hacia las honduras de la condición humana y un aldabonazo en la conciencia de todo aquel que se acerque, a veces con los ojos empañados, a sus historias. Aparte de una reivindicación de la dignidad y el coraje de los protagonistas a pesar de los pesares.

Son historias oídas, los grandes relatos de las pequeñas personas, procedentes de su memoria personal pero seguramente también, la mayoría, escuchadas en el museo del Holocausto de Tel Aviv donde trabajó, desde 1957 hasta su muerte en 2011, recogiendo testimonios de sobrevivientes de la Shoah, como ella, a quienes, en compensación, presta su escritura, elusiva pero certera, para relatar, con un pulso donde la humildad lleva aparejada la convicción, la crueldad del

mundo en toda su extensión, la experiencia del terror tal cual, sin subrayado alguno, desde dentro.

Son historias contadas –más bien susurradas, como señaló la propia autora– en voz muy baja y que justamente por eso conmueven en extremo. Retazos de vidas comunes, algunas entregadas a la belleza y al goce, por las que cruza, inexorable, la sombra de la muerte para anunciarles con un escalofrío definitivo, el fin –así se titula el primero de los relatos– de todo, «de la juventud, del amor, de tus cuadros, de mi música». El hilo del que penden, tan frágil, es el que sigue, con el alma en vilo, quien se adentra en estos fragmentos de vidas truncadas, a fuer de lacónicos, estremecedores. Ese resfriador del pánico, que paraliza, ese palpito funesto, pue-

«A nuestra especie siempre le ha pirrado contar historias, tampoco me atrevería a afirmar si por necesidad, gusto o distracción, por temor incluso, o por todo a la vez»

«La aparente levedad de la obra de Ida Fink acaba enconándose en el ánimo del lector hasta dejar una huella indeleble»

de traerlo un fruncir de ojos delator, un ensimismamiento repentino, una rendija salvadora en el desván, el traqueteo de un tren, la impaciencia del corazón, el fino temblor de los cristales, la perversión del lenguaje, el estruendo en las calles de madrugada o un silencio excesivo después.

También el rastro de la Shoah está muy presente en 'Signor Hoffman' –con una n, no como el apellido alemán de Eduardo Halfon, a quien sigo con vivo interés desde que me deslumbrara 'El boxeador polaco'. Ésta es la segunda narración que presenta Libros del Asteroide, de la anterior, que se cita de soslayo, hablamos aquí. Realmente, este ciclo narrativo que va forjando E. Halfon mediante novelas breves o relatos enlazados se limita a ser una rela-

ción de hechos personales, pero trabados con tal gracia y originalidad que se elevan a una gran altura literaria, con un estilo personal, reconocible, muy económico, un tanto a lo Hemingway, de hecho su sintaxis esquelética demuestra su afirmación de que piensa en inglés. Creo que su peculiar mirada persigue arrancar algo de verdad a nuestros actos, frente a la farsa e impostura imperantes, al menos no faltar por completo a ella, a su historia familiar en primer término, para intentar explicarse a sí mismo, supongo, que no es poco.

Las seis narraciones –como casi siempre aventuras en singular: «Todos nuestros viajes son en realidad un solo viaje»– que conforman el libro se vertebran mediante la aparición en todos ellos, a veces de manera episódica, de su

abuelo polaco, recurso que últimamente se ha generalizado y cuya pertinencia, por artificiosa, no acaba de convenirme. Tres de ellas transcurren en su indolente país natal. Es curioso, el otro escritor guatemalteco al que también admiro, Rodrigo Rey Rosa, es igualmente un tras-terrado, pero su prosa siempre la he identificado con su patria, la de Halfon, nunca.

En el último cuento, Halfon viaja a Polonia siguiendo los pasos del antepasado a quien salvó el pellejo aquel boxeador polaco. El mismo destino, Auschwitz-Birkenau (cuidado, a la réplica de un campo de concentración que el guatemalteco visita en Calabria la califica como «parque temático dedicado al sufrimiento humano»), espera al protagonista de 'En el paraíso' de Peter Matthiessen (Seix Barral). El autor de 'El leopardo de las nieves' o 'Jugando en los campos del Señor' es también un narrador de raza y así mismo, polifacético, en ocasiones hasta lo desconcertante, como aquí, donde el argumento adquiere derroteros imprevisibles.

El foco de esta novela póstuma del con razón renombrado Matthiessen se pone en un profesor especialista en literatura, sobre todo poesía, eslava: Ajmátova, Miłosz, Herbert o Szymborska, enfrascado en perseguir la estela de Tadeusz Borowski, uno de los escritores de mayor valía sobre los lager. Pero realmente es una puesta en escena coral, más bien una refriega de ideas en veladas a cara de perro con irónico abogado del diablo sin pelos en la lengua incluido, cuyos 'dramatis personae' son maneras de asimilar, no de interpretar ni de explicar, lo que se antoja imposible, el rostro del mal en el mismo gólgota donde el horror incommensurable, «la maldad suprema que trasciende todo entendimiento» se produjo. Aunque según avanza la trama van ganando peso los extractos de la existencia de los antecesores del protagonista, que también anhela desentrañar las verdades de su familia, al igual que Halfon.

No se trata, pues, de acudir al testimonio directo, sino de invocar la catarsis por encima del morbo o la farsa en que se ha convertido la banalización de aquel infierno. Y de seguir dándoles voz a «los desaparecidos, los casi olvidados». Y tanto. Es tremendo, por caso, imprescindible en este sentido, lo que piensa al respecto, según la novela, la juventud israelí: que es una historia rancia y aburrida y que la mayoría de los supervivientes fueron furcias o cobardías. Al paso que llevamos, cuando ya no haya nadie vivo ni relatores que lo cuenten, la shoah no va a servir ni como lección cautelar.